

NINE GORMAN
MATHIEU GUIBÉ

Corazón de Ceniza

Ash y Sky

Besties
BOOKS

Nine Gorman y Mathieu Guibé

Corazón
de
ceniza
Ash y Sky

Traducción de Marta Mompó

Besties
Books

Título original: *Ashes falling for the sky. Volume 1*

Text by Nine Gorman and Mathieu Guibé

© Albin Michel Jeunesse, 2018

Published by arrangement with Isabelle Torrubia Agencia Literaria

© por la traducción, Marta Mompó (Prisma Media Proyectos, S. L.), 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-270-5257-4

Depósito legal: B. 4.277-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



SKY

I wanna get lost with you

I wanna get lost with you
It's the only thing I wanna do

I Wanna Get Lost With You,
Stereophonics

Una música desenfadada brota de las ventanas abiertas de par en par del enorme edificio de los Beta Tau Gamma. Yo me encuentro justo enfrente, dispuesta a enfrentarme a mi primera noche del año como nueva estudiante de la Universidad de Bloomington.

Está anocheciendo, pero el calor de finales de agosto es bastante agradable. Para estar cómoda, he optado por un vestido ligero de verano y zapatos planos. Miro el porche de la casa, con sus pilares de madera que le dan un aire falso a templo griego. En-

cima están talladas y pintadas en dorado las tres letras del logotipo de la fraternidad.

Resuenan gritos de ánimo mientras se forma una fila de jueguistas a ambos lados del pasillo. Un chico sin camiseta se lanza al aire, sobrevuela los tres escalones de la entrada y aterriza encima de una lona de plástico empapada en agua jabonosa, sobre la que se desliza hasta mis pies. Gotas y burbujas salpican mis zapatos. El acróbata se levanta, me guiña un ojo, sonriendo, y después coge el chupito que le ha dado un amigo para vaciarlo de golpe antes de irse otra vez a emprender nuevas aventuras. Todo esto promete...

Le envío un mensaje a mi compañera de piso para avisarle de que he llegado. Espero que lleve su teléfono encima. Parece que sí. Poco después viene a recibirme con una copa en la mano.

A las de Primero nos asignan los dormitorios. Tengo la suerte de compartir habitación con Veronica, una chica de Segundo que participa en todos los planes guais y a la que caracteriza una dosis saludable de locura: justo lo que necesitaba cuando llegué. Mi primera intención al irme de Libertyville era disfrutar. Disfrutar de la universidad, de esta nueva existencia, de la vida en general. Sin embargo, no era consciente de la valentía que se necesita para cambiar radicalmente de rumbo a cambio de algo tan poco reconfortante como lo inesperado. «Pero puedo hacerlo. Debo hacerlo. Me apetece hacerlo.»

—Vale, último consejo antes de entrar: Sky, haz lo que hagas, no la cagues. Si no...

—Pondría en riesgo mi vida social para siempre —terminé la frase por ella.

Cagarla... Entiéndase: cometer un error que podría empañar mi imagen durante meses. Y cuando, como yo, no estás acostumbrada a fiestas estudiantiles o ni siquiera a fiestas, la cosa pinta mal. Pero no puedo evitar pensar que exagera demasiado, en modo dramático. Es una forma de hacerme una novatada, aunque no vaya muy desencaminada.

«Puedo hacerlo...»

Los aplausos frenéticos para celebrar otro salto espectacular acompañan mis primeros pasos, e imagino que es a mí a quien animan en secreto. En vistas de que la entrada principal está ocupada por el juego del tobogán, Veronica me arrastra hasta la puerta del jardín. En el césped, entre los árboles y el tejado del porche, han colocado bombillas de colores. Si bien la luz es cálida, el ambiente de abajo está subido de tono. Bailes, *beer pong*, conversaciones acaloradas, una piscina cubierta de espuma y gente enrollándose son solo una parte del espectáculo.

Llegamos a la cocina, donde se almacenan barriles de cerveza e hileras de botellas de alcohol de todo tipo. Hay unos cuantos recipientes de Cheetos a disposición de quien quiera paliar los excesos de la bebida. Veronica me da un vaso rojo lleno hasta el borde antes de mirar a derecha e izquierda, en busca claramente de alguien.

—¿Buscas a Parker?

La respuesta a mi pregunta es su mano tirando de la mía. Nos juntamos con un grupo de personas apiñadas en un sofá. Sin el menor pudor, Veronica se sienta encima de las rodillas de Parker y me presenta al resto del grupo.

Llegué a la universidad hace dos semanas. Al igual que yo, Veronica llegó antes, pero no por la misma razón: ella tenía que recuperar un examen que no pudo hacer por motivos médicos. Tuve suerte de conocerla cuando me mudé. Estamos a viernes y aún faltan unos días para que empiece el curso, pero ya he podido iniciarme en la vida universitaria.

La fiesta de inauguración del curso de los Beta Tau Gamma es la primera fiesta oficial del calendario de las fraternidades. Según Veronica, es para que los estudiantes de Primero no se junten con la masa, ya que la mayoría llegarán al campus en las próximas dos semanas. Es una gran oportunidad para hacerse notar, para destacar. Es todo a lo que aspiro ahora.

Jason, un chico joven de aspecto atlético que parece un jugador de baloncesto, propone un juego de beber. A juzgar por el estado de los participantes, no es su primera partida. Incluso parece que Veronica empezó hace tiempo: noto que va un poco achispada. Me pasan dos dados y me explican las reglas rápidamente: tres tiradas obligatorias; si saco cinco, bebo. Si saco siete..., también bebo. De golpe. Así que las posibilidades de no beber son mínimas. Muevo los dados en la mano antes de tirarlos sobre la mesa.

Cinco. He perdido.

—¡De una! ¡De una! —entonan todos al unísono.

Cojo el chupito que Parker me ofrece sonriendo, y lo vacío de un trago con una mueca. Le paso los dados a Carrie, una chica de la residencia que ya conozco: la próxima víctima.

La ronda sigue y lamentablemente perdemos todos. El objetivo nunca ha sido ganar.

El juego sigue en segundo plano, pero las conversaciones se reanudan. Algunos incluso abandonan el sofá para ir a bailar. Un poco aturdida pero aún no del todo borracha, me coge por sorpresa el comentario de mi compañera de habitación:

—Sky, ¿no se suponía que ibas a buscar a alguien para esta noche? —pregunta Veronica cuando recupera los dados.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? ¡Llevas diciéndomelo toda la semana! «Quiero cambiar, a la mierda las consecuencias, quiero vivir el presente...» ¡Estoy hablando de un rollo de una noche!

Casi me atraganto con la cerveza, hasta el punto de que me sale espuma por la nariz, lo que provoca una carcajada general.

—¡No lo digas tan alto! —le ruego, deseando que mi vergüenza no se extienda más allá de nuestro grupo.

—Ah, no te preocupes, tendría que gritar mucho para que alguien oyese que ¡Sky está buscando un rollo de una noche!

Un montón de rostros se vuelven hacia nosotras. Si pudiese ahogarme en mi vaso, lo haría. Si pudiese

ahogar a Veronica en el suyo, también lo haría. Pero, en realidad, está en lo cierto. Envidio esa actitud despreocupada que parece tan natural en la mayoría de los jóvenes de mi edad. Sé que no se trata solo de sexo, pero creo que en mi caso ese es el quid de la cuestión. Me gustaría tener una aventura de una noche, sin ataduras, sin dramas y, sobre todo, sin consecuencias.

Oigo a unas chicas riéndose por encima de la música; llaman mi atención. Están bailando sensualmente con un chico con pinta de roquero, ajenas a todo lo demás. Las envidio por cómo se dejan llevar.

Entonces me fijo en él. Tiene el pelo castaño, con mechones que le caen sobre la frente y por las sienes, perfectamente rapadas. Los tatuajes le trepan por el cuello, dejándose ver por encima de la chupa negra, y creo adivinar también un pirsin en su labio inferior, pero no puedo asegurarlo desde donde estoy. Su cara de niño, angulosa, tiene una enigmática sonrisa que sugiere que está disfrutando del espectáculo. Sin embargo, al observarlo mejor, me doy cuenta de que su mano mantiene con discreción cierta distancia entre él y las dos estudiantes.

Debo de estar mirándole descaradamente, porque Veronica me devuelve inmediatamente a la tierra:

—Ah, no, mala idea.

—¿Qué dices?

—Si hay un tipo al que deberías evitar, es a él. Ash es el mayor coleccionista del campus. —Hace una pausa e intenta incorporarse pero no puede. Ha bebi-

do demasiado—. Bueno, y a Ned también, pero eso tiene más que ver con su higiene personal. En fin...

El tal Ash ha debido de darse cuenta de que le estoy mirando o ha oído a Veronica, que es todo menos discreta, porque me está observando. Resulta casi molesto verle mirarme con tanta insistencia mientras con una mano sujeta las curvas de una de las dos chicas cuyas caderas están pegadas a las suyas. De repente, sin duda aburrido por el espectáculo que debo ofrecerle, aparta la mirada antes de llevarse la copa a los labios. Cómo la sujeta, cómo se la acaba... Es como si recurriera al alcohol para que desapareciesen todos sus problemas. En realidad no participa en ninguna conversación, solo esboza una sonrisa amable que supongo que llena muy bien los huecos. ¿Nadie se da cuenta? A primera vista parece el típico seductor, pero cualquiera que lo observase con detenimiento descubriría en su mirada la ausencia, la soledad y el hastío.

Mi teléfono vibra sobre la mesa. Un mensaje nuevo. Lo abro sin pensar. Es entonces cuando veo el nombre de Adrien Clarks. Me estalla el corazón, noto que se me llenan los ojos de lágrimas.

«¿Cómo se atreve?»

Desaparece la despreocupación. En una fracción de segundo el pasado me atrapa. El alcohol amenaza con salir. De ninguna manera voy a vomitar aquí, ahora. De ninguna manera voy a dejar que Adrien se cargue mi nueva vida.

Necesito una distracción, un remedio, cualquier cosa que mantenga mi cabeza ocupada. Me gustaría

perderme. Vuelvo a mirar a Ash. Es una locura, algo irracional, inesperado.

—¡No podrás decir que no te avisé! —suelta Verónica mientras camino hacia el chico malo, dispuesta a desafiar todas las prohibiciones.